

La masacre del Cardenal en Guadalajara

-caso resuelto-

DÁMASO MURÚA

El párrafo de la pequeñita iglesia centenaria que se localiza a un lado de la serpentina negra de chapopote que va rumbo a Durango, no sin cruzar dificultosamente el Espinzo del Diablo de la Sierra Madre Occidental, se enteró de la muerte de su amigo Juan José Posadas Ocampo.

Escipión Campana Grave, así se llamaba tal curita, porque su padre nació en una isla enfrente del Mar de Liguria, con aguas azules del plúmbeo Mar Mediterráneo. Leyendo historia, su padre italiano y campesino emigrante, memorizó el nombre del africano Escipión, un guerrero notable por aquellas tierras antiquísimas. A su hijo número tres le encajó como con lanzas, el nombrecito que para servicios eclesiásticos no sirve y destantea al más fiel fanático cristiano.

Al montañés pueblito que fundaron unos mineros en diáspora, marinos vascuences que cruzaron el Atlántico queriendo buscarse un mejor destino, lo fundaron 1965.

Todavía se llama Copala. Unos historiadores localistas escribieron que éste era un centro ceremonial de tribus indoamericanas, mayos o yaquis, coras o tepahuanes. Escipión, como fiel empleado de la Iglesia que manda oficios celestiales a Jalisco y desde Guadalajara los reexpidieron para Copala, es un amigo no sólo de bien planchada sotana sino de todos los creyentes de ese villorrio que, aunque son poquísimos, tienen la fortuna de convivir en un sitio donde no se necesitan policías para la vigilancia porque no hay presupuesto en su capital municipal que es Concordia y porque nadie

desempeña oficio de cuico con pistola oxidada y casquillos vacíos. Por ello, el curita concede sin trámite exigente, absoluciones no discutidas con los pecadores descubiertos de zoofilia con chivas o borregas. Hasta que en uno de los meses del verano lloviznante de 1989, llegó al pueblecillo a fundar un restaurante que se llama Sky Blue, el gringo Franz Oppenheimer. Campana Grave y Oppenheimer luego trabaron amistad profunda porque las calles solitarias del centro de Copala hay balcones enrejados y con macetas de flores coloradas, pero no hay voces que ripostar mucho menos que saludar.

El norteamericano Franz, después, como está jubilado y goza de una pensión mensual de tres mil dólares, compró antena de televisión, de esas que tienen anchura como caderas langostas de mulata. Es costumbre que por la tarde nuestro cuate Escipión y el gringo departan mezcalitos y cervezas en bote (o de la marca Pacífico), acompañados de camarones secos que llegan a venderles unos pescadores sombrero y cansados que son originarios de El Walamo.

Una tarde, sin motivo y sin calores agobiantes, cayó en el Sky Blue el detective sinaloense Cafión Castro; modesto Sherlock Holmes que no tiene a un Watson como amigo, pero sí a una perra brava que le detecta visitantes cuando él duerme en su hamaca, un columpio entre dos palmeras que dan cocos dulces con carne blanca y blandita como el cuerpo de una chica impúber de unos doce años.

Cafión selló aquella amistad de dos, ampliándola a tres que tienen afinidades y por ello se eligieron como amigos sin necesidad de tarjetas impresas o cartas de recomendación. Cafión, varios días de otoño de ese año,

regresó desde Copala en su moto Mitsubishi y hacia el mar sinaloense, conectándose con la carretera Internacional que concluye en Nogales, allá, en Sonora querida. Los tentáculos lucerosos del faro mazatleco, son su guía y seguridad anticardiaca. “Ya voy llegando, desde aquí huelo la cantina de el Tilín, que está detrás de la fábrica de cervezas; voy a tomarme unas heladas y a oír cantar a Javier Solís”, dice en voz alta, al fin que nadie lo escucha en la solitaria carretera. Después unos camiones de pasajeros y cilíndricas pipas petroleras lo rebasan.

A través de la antena parabólica, los tres conocieron la criminal noticia. Se quedaron mudos de asombro y de miedo que aún a larga distancia es tan efectivo como aquellas dos bombas atómicas que los gringos mandaron explotar levantando hongos horrendos. En el Atolón de Bikini explotaron más de cien, tiempo después de que Hiroito firmó el armisticio porque Hiroshima y Nagasaki se evaporaron cientos de miles de vidas orientales.

La tercia bebió más mezcal y el gringo Oppenheimer abrió la caja registradora del restaurante para extraer billetes mexicanos de alta nominación porque tiene pintado un óleo de Plutarco Elías Calles. Ya habían convenido y pedido a Cafión Castro que tomara el camión Elite que viaja a Guadalajara desde Mazatlán, a las veintidós horas. El detective costeño arribó a la terminal camionera de la capital jalisciense en la madrugada. Bajándose, se limpió con un paliacate los ojos y buscó un teléfono público. Sacó su agenda doblándola en sus papeles por lo vieja y mal escrita, donde tiene los datos exactos de una casa de citas. Con espontaneidad saludó a su querida amiga Popea Pérez, quien es la emperatriz lenona de dicha ciudad. Se alegró de saber que tenía buena salud y que el rejuego de su casa decente, mazmorra peor que una cárcel de jóvenes y bellísimas mujeres, apenas había empezado. “Paso; amiga de mis mejores ayeres, vengo a otro asunto; está hermanado con lo que sucedió ayer en el aeropuerto.”

“Entonces, te deseo mucha suerte; aquí llegaron por la altanoche unos ensombreados portando cuernos de chivo y dos están encamados, pero te aseguro que no

fueron ellos”. “okey. Te saludaré luego que termine”, dijo Castro.

El detective iba provisto de su famosísima lupa de cincuenta centímetros de diámetro. No llevaba pistola porque no acostumbra. Además, en la terminal camionera le había informado que en la velación del cadáver, que se efectuaba aún en la Catedral de Guadalajara, hicieron una guardia respetuosa y convencional. El presidente llegó en su avión desde Chingolandia y seguramente trajo más guaruras que gente gay tiene la Legión Extranjera.

En otro punto distante de la glorieta de Palas Atenea, casi rumbo a Tequila, un muchachón de dieciocho años limpiaba un magnífico artefacto bélico que para matar no falla nunca. Es de su tío, Pedro del Hierro Herrera, quien tuvo la mala suerte de perder a su padre en un accidente de aviación que aconteció en los aires de Jalisco, a principios de los años sesenta. Sus rencores datan desde esos años. La abuelita Pichis Herrera pudo mantener en el relato los consejos vengativos que se cincelaron en la mente de su nieto Pedro del Hierro, como si le echara vientos de abanico eléctrico a leños gruesos que siempre ardían. Este nieto fue el principal actor de los hechos que causaron horror primero en la Iglesia mexicana y después le aguadearon las corvas al polaco papa Paulo. ¿Cómo logró evadirse? Por lo pronto, con gran rapidez, se lavó las manos el gobernador de la ciudad que es patria de las Chivas Rayadas. Fue muy oportuno en querer aclarar dudas para hacerlas más complicadas.

Cafión Castro, en razón de su gran experiencia y teorías clásicas que aprendió en sus lecturas de novelas de detectives de fama mundial, destreza de sabueso para interrogar, y porque localizó los sitios donde recibió respuestas contundentes, no se amilanó ni acongojó. Ya les llevaría el caso resuelto a sus amigos de Copala, el cura Escipión Campana Grave y a Franz Oppenheimer (a quien ya confianzudamente lo llamaba

el Desteñido). El caso criminal con resonancia hasta por Sicilia y Bangkok, hizo sonreír a los del cartel bogotano.

El detective interrogó con tacto fino al director del aeropuerto de Guadalajara, a los operadores del tránsito aéreo y a los vendedores de boletos de todas las compañías de aviación nacionales y extranjeras. También pasó por su cedazo de ojos ceñudos a algunos pasajeros que todavía no perdían el color azul de su piel y que se habían quedado sin poder viajar a ninguna parte. El alto prelado de la Iglesia era amigo y pretoriano del primer católico del Vaticano y eso no se podía quedar sin investigación implacable y poderosa. Todos los medios logísticos (de los cuales no dispuso Valente Quintana en los años treinta, cuando era el detective más distinguido de México City) también fueron puestos a disposición del brillante investigadores sinaloense.

Con recelo de leona en cacería, pasó revista a quienes vendían libros eróticos o de espionaje, en dicho aeropuerto. A las empleadas que ofrecían artesanías de Tonalá, Tlaquepaque y Zapopan. Los taxistas de San Juan de Dios le dieron algunas pistas que no pudo desarrollar en primera revisión, pero más tarde le sirvieron para esclarecer datos oscuros. Todavía tuvo tiempo para saludar al jefe de la policía citadina y darle un abrazo hipócrita al presidente municipal, quien no se enteró de la matazón al estilo western sino hasta que lo sacaron de una cantina céntrica llamada Fiesta Americana, que se localiza por la salida de la carretera de Mazatlán.

El 25 de mayo de 1993, mes de aguaceros que no hubo porque se cambiaron por otra marca de aguaceros bélicos, fue victimado el seminarista a bordo de un lujoso coche Grand Marquis, color blanco, modelo del año, de catorce balazos, que resultaron más mortales que los que le dio Hipólito el de Coahuila a la casquivana Rosita Alvarez. Estos dillinger, no se puede negar, fueron muy demócratas porque también rociaron con once plomazos al chofer de monseñor, cuyo nombre no tiene fama

porque ni siquiera fue sacristán en la catedral de los jalisquillos.

“Allá por los años sesenta, el mismo cargo de monseñor Juan Jesús posadas lo ocupaba con grandes ritos obligados, José Mariano Garibi Rivera. Éste fue el primer cardenal mexicano al que desde Roma le mandaron diploma y gafete para que hostilizara a los fanáticos de Jesús Cristo, con la misma dureza que nos contó Juan Rulfo en aquella película titulada Talpa. En ese movie nos ilustraron sobre la forma en que hacían sus procesiones para venerar a la virgen de Zapopan, millares de olvidados en la Tierra de Dios, y María Santísima. De esa película degradante y conmovedora, aparte del magnífico y desgarrador lenguaje rulfiano, muchos adolescentes de ese tiempo recordamos todavía el rostro cachondo y sensual de Lilia Prado y su modulada grupa fuera de borda, tan inolvidables.

“Cuando el tal Garibi tenía necesidad de abordar el avión para ir al Tepeyac a rendir cuentas o a informar chismes como si fuera gente de la moderna CIA (asuntos que también competan al Vaticano), se dejaba besar el anillo de oro de su mano derecha por gente arrodillada que se arremolinaba a su paso rumbo a la puerta de abordaje. Su rostro se marmoleó en la vida azarosa y autárquica que había llevado desde 1910, cuando sólo tenía veintiún años; ni Boris Karloff. Tatuados tenía oídos, rencores, lujuria reprimida u olvidada, soberbia dañina y crueldad de muertero. Pero a muchos católicos significaban todas estas señales de su cara, el rostro piadoso de un hombre admirable”.

Fernando del Hierro se llamó quien fue padre de Pedro del Hierro.

José Mariano Garibi, en el año de 1929, era Obispo de Rosso y eficiente auxiliar del arzobispo de Guadalajara. El 14 de mayo de 1925 se había fundado la Liga Nacional de Defensa Religiosa, movimiento antigobiernista y discordante. En esa época el presidente Elías Calles a quien los cristoreyes llamaban el Turco, les dio fuerte apretada de tuercas en 1926, reglamentando las

normas constitucionales en materia de cultos. Después se desencadenó la guerra Cristera tan censurable, vergonzosa y fanática porque las mujeres rezanderas obligaron a sus hombres a que fueran a suicidarse en la lucha contra el gobierno; apenas iban cubiertos con escapularios de franela y letras bordadas que decían: “detente bala, Cristo Rey está conmigo”. Afortunadamente, esta riña civil concluyó en 1929.

Los jaliscienses que emigraron a Sinaloa y Sonora, contaron y eructaron que el caloyo longevo José Mariano Garibi había asesinado seres humanos, disfrutando su conciencia oligofrénica en batallas desiguales, por eso terminó siendo ganón del fratricidio. En Guadalajara, algunos KKK no lo olvidan después de más de veinte años de muerto, pues el calendario de 1972 no le permitió que brincara la raya que ya tenía barranco a pesar de que mandaba tocar campanas llamando a misa y confesaba a las mujeres viudas o solteras. Acostumbraba desayunar en el restaurante La Alemana, con los ricos que ahora tienen mausoleos ostentosos de mármol de Carrara.

Guadalajareños auténticos, hombres probos y valientes, que los hay, se inquietaron por ese atentado que en el aeropuerto de Guadalajara quedó en simples conjeturas sin respuestas. “En México, las cosas más terribles se hacen en silencio”, dijo el jarocho Ruiz Cortines en su triste despacho después de que dejó de ser presidente y ya lo había sustituido el toluqueño López Mateos.

“El arzobispo Garibi entregó una maleta pesada que se documentó en ese vuelo explosivo a la ciudad de México, por parte del seminarista Petronio Cirio y de su acompañante, la monja Lesbia Veladora del Santo Judas. El avión se desgarró en el aire llevándose las vidas de casi cien personas, al cielo o al purgatorio que prometen mediante pagos bendecidos a los inocentes cómplices. El ex cristero en ese tiempo era arzobispo que vestía de rojo o morado y usaban boinita que cubría su calvicie. Llegó a ser un eficiente usurero de las limosnas de las iglesias que controlaba su arzobispado, incluidas varias arquidiócesis. Entre los que murieron iba un hombre que poseía prue-



Alfredo Zalce

bas para llevarlas al Vaticano de la Roma que está vendida hace casi dos mil años. Dichas pruebas revelaban la deshonestidad del prelado riflero que fue enemigo de Calles y de Obregón también, faltaba más”.

Pedro del Hierro escuchó las reiterativas historias de su abuela, removiéndosele las vísceras que heredó de un pueblo español triste, solitario y empobrecido, según le contaron al muchacho. En 1972, falleció Chema Garibi y ni modo que el chico, chamacón y sin dinero hubiera podido vengarse. Tendría que desfasar la venganza para lograr poder dormir con la conciencia tranquila.

El estimulador mal recuerdo del arzobispo Garibi en su memoria lo obligó, inconscientemente armado con una AK- 47 (disparan 650 tiros por minuto), a vaciarla sobre los cuerpos del que era arzobispo vigente y de su inocente chofer.

El día 28 de mayo de 1993, Cafión Castro vio pasar a Pedro del Hierro, tranquilo y sereno, enfrente del Hospital Cabañas, allá en Guadalajara que se engalana con tantas mujeres bellas, criollas andaluzas de pelo negro y ojos claros. Son una chulada, ¿verdad?

Están en una mesa del restaurante Sky Blue, los tres amigos que iniciaron las pesquisas de estos acontecimientos mexicanos. Cafión Castro, el detective sinaloense, dijo antes de tomarse una copa grande rebosante de mezcal nayarita: “Es todo lo que puedo informarles”. ■